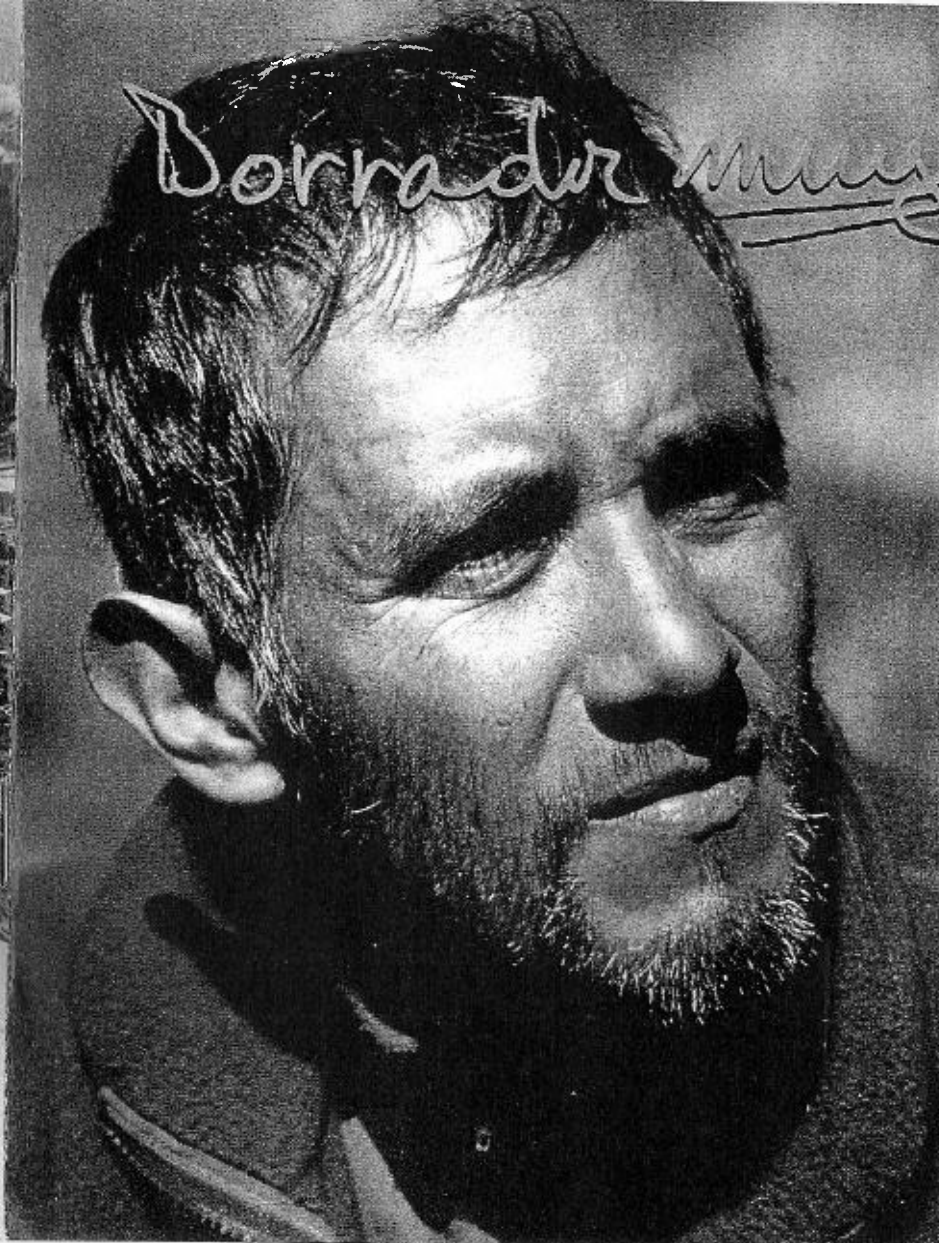


Borrador muy preliminar



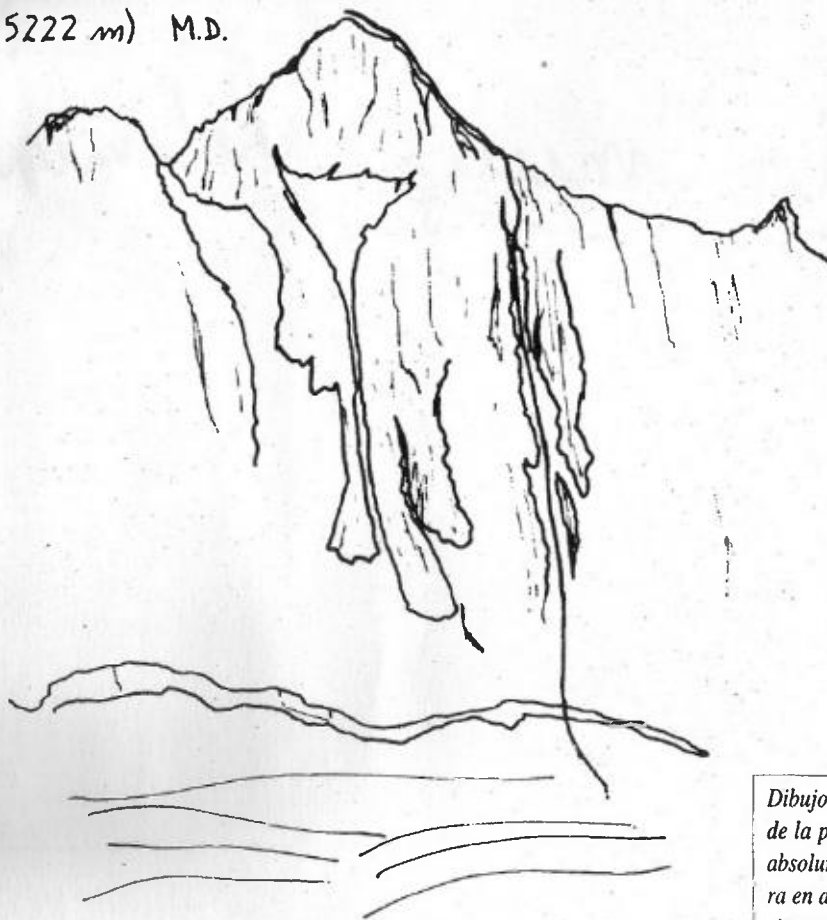
D. Delgado

Borrador muy preliminar

* Al momento de morir Dagoberto en el Mont Blanc, estaba escribiendo un libro sobre sus ascensiones. Aquí se presenta una recopilación fidedigna de sus escritos originales. Sólo contienen mínimas correcciones editoriales.

Pared Sur, C° Altar

(5222 m) M.D.



Filo Somital

UIAA VI⁺
OBLIGADO

45°-50° HIELO

45°-50°
VERGLAS

45° HIELO

Rimaya

Dibujo original de Dagoberto indicando la ruta de la primera ascensión en solitario (y segunda absoluta) de la Pared Sur del Altar que él hiciera en abril de 1987. De esta bellísima y visionaria escalada nada había escrito en sus borradores.

Pared Sur, C° Altar

(5222 m) M.D.



Filo Somital

UIAA VI⁺
OBLIGADO

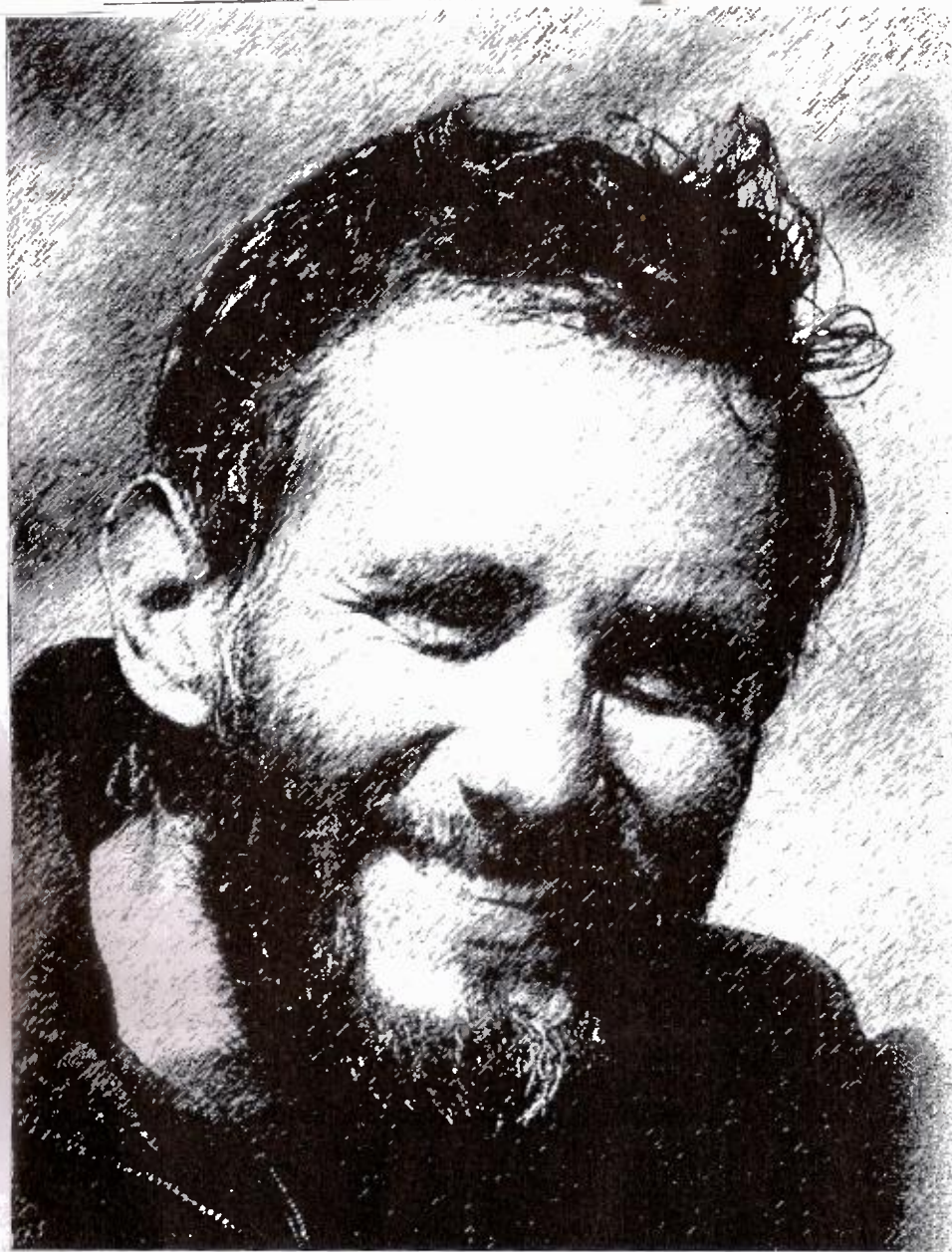
45°-50° HIELO

45°-50°
VERGLAS

45° HIELO

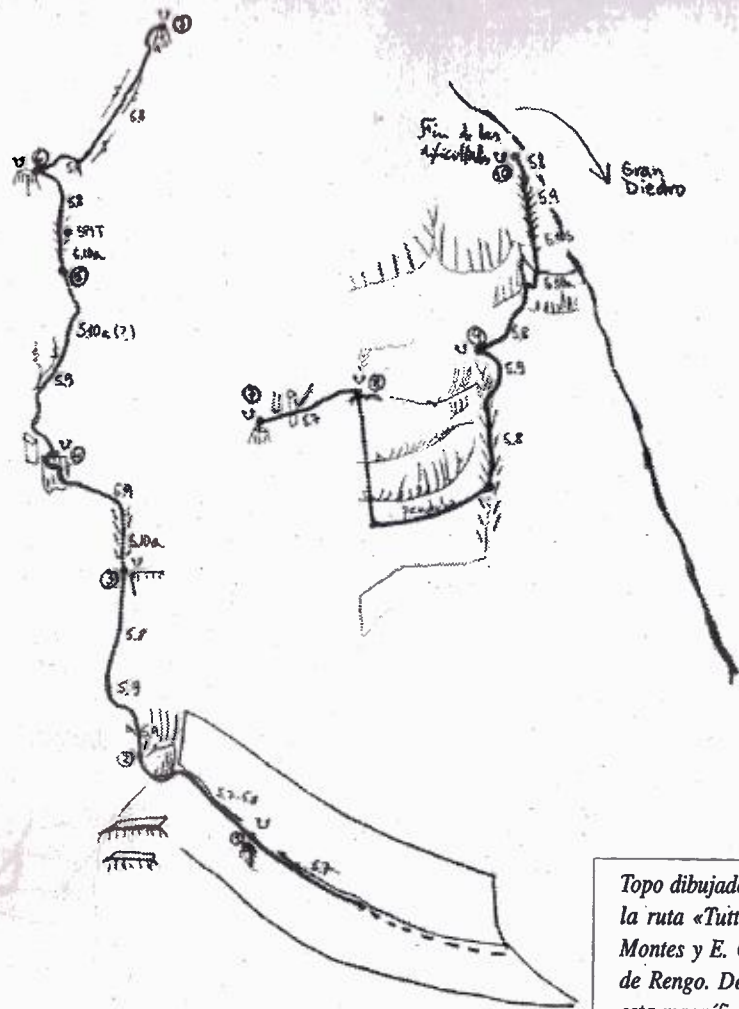
Rimaya

Dibujo original de Dagoberto indicando la ruta de la primera ascensión en solitario (y segunda absoluta) de la Pared Sur del Altar que él hiciera en abril de 1987. De esta bellísima y visionaria escalada nada había escrito en sus borradores.



«En Chile tenemos un gran horizonte por conquistar, innumerables son las posibilidades de nuevas rutas en montañas de más de 4.000 metros, y el andinismo de exploración aún no agota interesantes alternativas. Nuestras montañas aún no están saturadas, no esperemos que vengan otros a conquistarlas.»

D. Delgado



Topo dibujado por Dagoberto en que muestra la ruta «Tutti Frutti» que él, A. Boitano, J. Montes y E. Chacón abrieron en las paredes de Rengo. De nuevo, nada hay escrito sobre esta magnífica ascensión.

INTRODUCCION



a idea de escribir este libro surgió de la conversación a la salida de un Banco en la calle Providencia, con un andinista ligado a la poco célebre Federación de Andinismo. El tema central era la responsabilidad que teníamos quienes de alguna manera hemos destacado en esta actividad, y concordamos en que no bastaba con sólo criticar y teorizar acerca de las instituciones.

Aunque a mi amigo le encontré razón al respecto, no es mi sentimiento compartir mis experiencias y no es tampoco un fin altruista o algo que se parezca lo que me ha motivado a hacer este trabajo, sino más bien quiero dar la oportunidad a muchos -eso espero- de conocer ciertas cosas técnicas, producto de mi experiencia particular y del contacto que he tenido con grandes alpinistas, así como también mostrar la verdadera realidad del andinismo en Chile, tan lleno de farsantes y tan injusto con los más brillantes cultores de la actividad.

Mi estilo podrá parecer a veces un poco duro, insolente, y cargado de emociones personales que me ha costado mucho expresar, pero ese es precisamente el carácter que le he querido dar, y es que este libro está dedicado sólo a andinistas que están en sus comienzos y necesitan cierta orientación, sanos de espíritu y con ambiciones de hacer cosas, no a los «expertos» y mucho menos a los viejos mediocres que nunca le ganaron a nadie.

Su formato está pensado para colgarlo de un mosquetón y, en caso de emergencia, a falta de anafre podrá constituir una buena fogata en algún vivac durante alguna primera ascensión; me sentiré muy honrado si eso ocurre.

Si bien es cierto que se tratan aquí técnicas muy sofisticadas y que se incluyen relatos de ascensiones de un cierto nivel superior, debo decir que para alcanzar dicho estándar, y es algo que repetiré cada vez que pueda, es absolutamente indispensable no saltarse las etapas de formación de un montañista. Estamos llenos de mediocres que se las saltaron y que carecen de la madurez mental y física que dan las ascensiones de media montaña, los acarreos y las largas caminatas con duros bototos.

No se puede saltar de tan sólo una ascensión al Provincia a ascensiones en Patagonia, Himalaya o cualquier montaña del mundo. Los resultados son conocidos por todos.

Estamos en la era de los equipos sofisticados, el Gore Tex, botas de plástico etc., pero se hace cada vez más importante el factor humano. Un simio con un computador no puede hacer mucho; un idiota inexperto con todo su equipo sólo es un bonito espectáculo en los faldeos del Cerro Mirador o esperando la micro a las cuatro de la tarde en pleno verano en Baños Morales.

La práctica del alpinismo de alto nivel, desde la perspectiva del reconocimiento público o de la obtención de premios, no es la actividad más apropiada, ya que sólo se logra vivir la injusticia - producto de la ignorancia - de los dirigentes y periodistas. Nadie es capaz de entender la diferencia entre arriesgar la vida en una gran pared o montaña y un partido de tenis terminado en empate.

Si este libro logra sacar roncha a algunos y emocionar a otros, me sentiré realizado con el trabajo. Lo dedico a mis amigos Omar Moscoso, argentino, muerto en el Volcán Tronador. A Germán Macció, muerto en la Pared Sur del Cerro Arenas cuando emprendíamos el retorno. A Miroslav Smid, muerto en la Lost Arrow en Yosemite. A Phillip Lloyd, muerto en la Torre Norte del Paine. Y a todos aquellos que han dejado su vida en las montañas del mundo.

PARED SUR CERRO NEGRO



bicada en la Cordillera Central y con un acceso en ese entonces muy expedito, esta montaña ofrecía una pared con una imponente silueta capaz de asustar y cohibir cualquier deseo de escalarla, pero sin embargo ya estaba en la mente de algunos andinistas, y formaba parte de aquel listado de objetivos «interesantes».

Después de almorzar cazuela, pastel de choclo y sandía de postre en las instalaciones de la Cía. Minera Disputada de las Condes, un jeep de la empresa nos dejaría casi al pie de la pared en uno de los lugares más áridos y punosos que he conocido, pero con una vista maravillosa de las impresionantes cascadas de hielo del rebalse del glaciar Olivares Beta (y?). Allí escogimos nuestro poco idílico lugar de vivac.

Ya en nuestros sacos de dormir a la seis de la tarde, dormitamos para levantarnos de madrugada y afrontar, de muy buen ánimo y con mucha energía, lo desconocido.

(continuar con relato)

.....Observando muy de cerca las cascadas de hielo de unos 120 metros de alto, y en pleno mes de....., no cabía duda que había que regresar por ellas algún día, sin pensar que con el tiempo tal vez desaparecerían.

El regreso a Santiago fue en un bus de la minera que a las tres de la tarde de aquel verano nos dejó en Plaza Italia, con 32°C a la sombra, sobre el pavimento caliente, calzando bototos y ropa de montaña, con el rostro quemado por el sol y la incomodidad del sudor, el pelo sucio y la falta de aseo general, pero dispuestos a continuar ahora con una cumbre aún virgen en el grupo del Nevado Juncal, de más de 5.000 m. de altura... conocida como La Columna.

CERRO LA COLUMNA



on este nombre era conocida una vistosa cumbre secundaria del Nevado Juncal, ubicada al noreste de la cumbre principal en el cordón que une a esta montaña con el Cerro Alto de los Leones, pasando por las cumbres Centenario y Bartolo.

Curiosamente no había sido escalada hasta esa fecha, incluso años después de nuestro ascenso no he escuchado que alguien lo hubiese vuelto a hacer, a excepción del intento hecho por el conocido andinista peruano Américo Tordolla quien, junto a un montañista norteamericano, perdieron la vida presumiblemente al ser alcanzados por una avalancha sobre el glaciar.

(nombrar participantes)

Llegamos a la yesera para instalar allí nuestro Campamento Base, y para aclimatarnos subimos por los hermosos glaciares del Cerro Gemelos, ubicado al fondo del cajón..... Fue una ascensión preciosa, junto a buenos amigos; no pudimos estar mucho tiempo en la cumbre debido al fuerte y frío viento, pero pudimos echar un breve vistazo al Aconcagua, su Pared Sur, objetivo para el cual quizás nos estábamos preparando. Veinte metros más abajo descansamos y comimos algo antes de continuar nuestro descenso directo hasta el Campo Base.

Dos días después nos hallábamos sobre el glaciar Juncal Sur, en cuya morrena lateral instalamos nuestro primer vivac. Al día siguiente superamos por el costado derecho la gran cascada de seracs y así alcanzamos una buena terraza a unos 4.000 metros de altura al final del día. Una tormenta nos acompañó, típica del verano, en que los truenos y los relámpagos se mezclan con la nieve para darle un poco de espectacularidad al asunto.

Al día siguiente continuamos escalando por roca hasta alcanzar las interminables pendientes de penitentes. Ibamos livianos, sin saco de dormir ni anafre, y en general con muy poca comida, pues pretendíamos llegar a la cumbre ese mismo día y bajar luego hasta el vivac.

Llegamos alrededor de las 19:00 horas a la cumbre, con una de las vistas más espectaculares de que tengo memoria. Allí Germán dejó plantado un martillo para hielo que había encontrado en el glaciar días antes. El filo que nos conectaba con las otras cumbres del nevado Juncal nos invitaba a una ambiciosa y espectacular travesía, vestido todo de hielo rosa debido a la puesta del sol.

Comenzamos el descenso por la fuerte pendiente para luego alcanzar a nuestros simpáticos amigos, los penitentes. A las 23:00 horas aproximadamente decidimos vivaquear debido al agotamiento y la

oscuridad de la noche, cubiertos tan sólo con una tela de nylon que providencialmente Gino portaba en su mochila.

Al amanecer, los primeros rayos del sol iluminan la Pared Sur del Aconcagua con el que soñábamos, y nos consolamos al pensar que si estuviéramos allí no sería tan malo, al menos no tanto, ya que por lo menos tendríamos algunos rayos de sol calentándonos.

Alrededor de las 10:00 de la mañana alcanzamos el sitio del vivac y preparamos una sopa con lo único de que disponíamos, un puñado de champiñones deshidratados; la bebimos lentamente para disfrutarla, y la llamamos «sopa de leones». Luego acordamos bajar de un tirón desde allí hasta el Campamento Base, al que efectivamente llegamos catorce horas después, deshidratados, hambrientos, agotados, y adoloridos, pero cumplimos nuestra promesa de bebernos antes que nada una botella de champagne que habíamos dejado allí para celebrar. El resto de lo que ocurrió nunca lo recordé.



Nevado Chacaraju, Cordillera Blanca, Perú, 6.112 m.y 6.001 m.

CHACRARAJU O EL ARTE DE LA INDULGENCIA



Una vez leí que hay dos tipos de soñadores; los que sueñan de noche y despiertan para darse cuenta que todo fue vanidad, y aquellos que lo hacen de día y hacen realidad sus sueños, siendo estos últimos los más peligrosos.

Mi sueño era una hermosa montaña llamada Chacaraju, ubicada en el corazón de la Cordillera Blanca, en Perú, y que fuera una de las pocas predilectas de Lionel Terray, un escalador muy exigente.

Esta comunión entre soñador del grupo peligroso y un objetivo muy difícil, reclama a lo menos un par de exigencias. La primera, hallarse anímicamente apto para afrontar situaciones extremas y de mucho peligro, requisito que yo no cumplía a cabalidad pues en menos de un año habían desaparecido tres amigos muy cercanos en diferentes montañas del mundo. Ello, junto a otros problemas personales, me tenían muy apenado, pero gracias al apoyo recibido logré superarlo.

Lo segundo, si no se va solo, es tener un buen compañero de cordada, punto muy delicado para esta montaña en particular.

Siempre he sostenido, y el tiempo me ha dado la razón, que los montañistas valen por lo que hacen, no por lo que dicen o especulan. Postulo aquello de «dime qué has escalado y te diré quien eres»,

lo que me ha llevado a escalar muchas veces en solitario en vez de mal acompañado, ganándome así la fama de «lobo estepario».

No considero el factor «amistad previa» para ir a enfrentar un objetivo difícil, y prefiero la «asociación» de intereses con alguien apto para unir fuerzas en determinados proyectos. Esto contradice lo que tradicionalmente se ha mantenido al respecto, y de seguro que a muchos amigos les dará urticaria el oírlo; pero creo que entre montañistas expertos funciona perfectamente.

Y nada mejor que un ejemplar de la misma especie, otro lobo estepario, excelente escalador y enemigo de las apariencias y la publicidad quien, con su ascensión en solitario a la Pared Sur del Aconcagua, se había ganado mi respeto y admiración. Lo invité, y es así como Misael Alvial y yo partimos rumbo a la Cordillera Blanca.

Nuestra estrategia superaba el estilo alpino en lo liviana, pareciéndose más bien a una salida al cerro Pochoco desde la casa en la mañana de un domingo. No tendríamos Campamento Base sino que partiríamos directamente desde el hotel en Huaraz hasta el pie de la pared en donde haríamos un vivac con lo mínimo indispensable para atacar desde allí, sólo con equipo de escalada y medio litro de agua cada uno, los 800 metros de pared de hielo entre 80° y 90° de inclinación que constituyen la ruta Beauchat a la cumbre Oeste, una de las vías más difíciles de los Andes peruanos. Por supuesto no lleva-

ríamos equipo de vivac a la pared, y la idea era un rotundo «Todo o Nada».

En el primer intento sólo pudimos alcanzar cien metros, escalando muros de hielo inconsistente y vertical, hasta que pudimos dejar la cuerda atada a una estaca de hielo en un hueco que milagrosamente encontramos. Bajamos con tormenta, cosa rara en julio, y es que había cambio de Luna. Una vez en el vivac, agotados más por el estrés que por la actividad física, ingerimos algo de la escasa comida de que disponíamos, agotando así nuestros recursos, por lo que decidimos bajar al día siguiente a nuestro Campo Base en Huaraz.

Tras dos días de intenso sometimiento al consumo de cerveza, pastas y pisco-sour, volvimos al «vivac-base», y a la madrugada siguiente atacamos nuevamente la pared.

El Chacaraju nos esperaba con sus más poderosas armas de defensa; al principio hielo inconsistente y peligroso, luego costras verticales de unos quince centímetros de espesor y separada de roca. Los piolets rebotaban en la roca si golpeábamos muy fuerte y rompíamos la superficie, y los seguros no eran más que ilusión. Avanzábamos, pese a todo, a buen ritmo, y el tiempo transcurrió rápido sin percatarnos. Teníamos la esperanza de que a medida que ganáramos altura las condiciones de la escalada mejorarían. Pero como dijo el gran Maestri, «la esperanza es una palabra vaga en las montañas».

Al comenzar un largo le pido a Misael que no avance más de cincuenta metros para poder oírlo cuando instale la reunión ya que, además, de noche no lo podría ver.

Pero no fue así. Más aún, no le bastaron los cien metros de nuestra cuerda, por lo que tuve que salirme de los seguros, subir unos diez metros, y «asegurarlos» colgado de mis piolets. Los trozos de hielo que caían separados de la pared debido a la verticalidad y el lento avance de la cuerda, me indicaban que aún no era el momento de subir.

Un grito en la oscuridad, apenas audible, lo interpreto como que es mi turno. Alcanzo un espolón rocoso. Escalar con crampones dificultad 5.9 no es ningún chiste, y para ganar tiempo subo apoyándome con una mano de la cuerda, pero al sujetarme de un bloque de granito del tamaño de un gran bolso de mano, siento con espanto como se me viene encima. Logro sujetarlo con la rodilla, y así, con mi mano libre, recupero la cuerda que cuelga debajo evitando que se rompa. Dejarlo caer provoca un gran estruendo y choca directo en nuestro anterior punto de reunión. No me explico aún por qué a Misael no se le cayó directo sobre mí cuando él pasó por este mismo punto. Es tanto el susto y el esfuerzo de escalar por la pared vertical que hasta siento deseos de vomitar.

Cuando me reúno con Misael lo increpo indignado que cómo puede ser tan loco, cómo se le ocurre escalar todo esto sin poner seguros, que está bien tener algo de suicida pero no tanto.....

Me explica acerca de la imposibilidad que tuvo de hacerlo, y es más, me muestra el seguro desde donde ambos colgábamos: sus dos piquetas de los piolets introducidas en sendas fisuras en la roca ¡?!!

Las condiciones hacia arriba empeoraban pues el hielo era mucho

más delgado y cubría una especie de neviza absolutamente inconsistente que imposibilitaba la colocación de cualquier protección.

Así que después de diecisiete horas de escalada no fue difícil tomar la decisión de bajar, eso sí que ahora el problema era cómo hacerlo. Cada instalación de rapel constituyó un despliegue de técnica, imaginación y confianza en la buena suerte.

Al día siguiente despertamos en nuestro vivac absolutamente deshechos, deshidratados y con síntomas de ceguera de las nieves, y apenas juntamos un poco de energía nos dirigimos hacia Huaraz.

Luego de algunos días de descanso nuevamente volvimos al Chacaraju. No estábamos dispuestos a volver a nuestros hogares sin escalarlo. Nuestros piolets, comprados especialmente para la ocasión, estaban totalmente estropeados de tanto romper el hielo e impactar la roca, y para colmo comenzaban a escasear los tornillos de hielo y clavos para roca. Decidimos esta vez intentar la cumbre Este, una vez más con la ilusoria esperanza de hallar condiciones más humanas, y escogemos la vía más larga y complicada, la Jaeger, que sube directamente desde el glaciar a la cumbre, siendo por tanto también la más elegante.

Y la historia se repite, ni hablar de las dificultades. En un instante, mientras trato de colocar un tornillo en medio de la pared vertical, miro a Misael y me preocupa demorarme tanto, pues el maldito hielo no deja entrar nada. Miro hacia abajo por entre mis piernas y me dan ganas de ir al baño, trato de tranquilizarme, grito: ¡Misa! ¡aten-to! lo que significa algo así como que estoy a punto de caerme. Me

concentro, no puedo ni debo caerme, pues lo más seguro es que terminemos ambos en el glaciar seiscientos metros más abajo y sin poder contarlo. Me concentro. No debo levantar los talones, no me deben temblar las piernas, debo hacer movimientos suaves. Me molesta el mosquetón del exprés del tornillo así es que no encuentro nada mejor que sujetarlo con la boca y se me queda pegado en los labios; olvido que hay unos -15°C. Finalmente decido escalar sin poner seguros, luchando con mi mente para no perder el control.

Y la historia se vuelve a repetir una y otra vez, hasta que finalmente llegamos a un punto justo bajo la inmensa cornisa de la cumbre. Igual como le ocurriera a Nicolás Jaeger, nos resulta imposible alcanzarla por sólo treinta metros, treinta insignificantes pero imposibles metros....

Dos días después, al llegar al habitual Campo Base en la entrada del valle de Yanapaccha, nos esperaban Sergio y Bruna, amigos chilenos con los que habíamos compartido el viaje, quienes nos recibieron con jugos y comida. También había allí un grupo de trekkers australianos quienes nos invitaron a cenar esa noche. Una de las hermosas integrantes no podía entender nuestro gusto por escalar montañas tan peligrosas, pasar frío y arriesgar tanto. De hecho, su experiencia como trekker en Bolivia definitivamente no le había gustado. El frío, los efectos de la altitud, dormir en el suelo duro, etc., eran elementos que no despertaban particularmente su interés, y a su juicio la práctica de esta actividad era interesante aunque muy estúpida.

En mi desesperación le argumenté que el montañismo aparte de brindar profundas satisfacciones espirituales, era también algo así como el «Arte de Sufrir», concepto con el que estuvo totalmente de acuerdo, pero enseguida acotó que «¿acaso no era más delicioso dedicarse a ver por TV a los Simpson, con un plato de crujientes papas fritas al lado, o disfrutar del sol en la playa, o bailar salsa, o comer esos deliciosos creppés con miel de durazno acompañados de un buen café o, en resumen, practicar otro arte: el Arte de la Indulgencia?»...

Y la verdad es que pese a mis esfuerzos por justificar lo injustificable, le hallé toda la razón.

PARED SUR CERRO MORADO

«En una conversación, tomando un café con una mina muy linda, de largo pelo rubio peinado en una colita de caballo, me preguntó a quién yo consideraba el mejor montañista de Chile. Lo primero fue, por supuesto, nombrarme a mí mismo, pero como la idea era impresionarla, no tuve más opción que decir la verdad.....»



odo lo que se puede decir de la Pared Sur de esta montaña está magistralmente descrito en un buen artículo de Tangol, quien junto a Cesar Vásquez hiciera la primera ascensión, artículo que apareciera publicado en el año..... en una de las pocas cosas buenas reconocibles a la Federación de Andinismo, es decir el Anuario de Montaña.

Sólo quisiera agregar un par de cosas. Lo primero, a través de estas líneas, un profundo reconocimiento y acto de admiración hacia César Vásquez, quien precisamente por no ser un connotado dirigente ni tampoco un autodivulgador de sus ascensiones otal vez nunca tuvo un merecido reconocimiento incluso hasta el día de hoy, y espero que estas modestas líneas contribuyan a ello de alguna manera. Sin duda alguna el mejor y más fuerte montañista que ha tenido Chile en su historia.

Lo segundo es rescatar el estilo y carácter de la ruta, esto es la gran belleza estética de la línea de ascensión la cual, en mi opinión, en

Andes Centrales no tiene paralelo. Comparo dicha ascensión a la de la Pared Norte del Eiger en los Alpes, por su dificultad y el contexto histórico.

Todo andinista que se precie de tal debiera haber leído el mencionado artículo, pues la Pared es individualizada por todo el mundo que ha visitado Baños Morales o Lo Valdés.

A la fecha tiene varias ascensiones. Yo, junto a mis amigos Alejandro Izquierdo, y el malogrado Germán Macció, tuvimos el gran privilegio de hacer la segunda ascensión, encontrando aquel lugar del vivac en medio de la Pared y los clavos de roca japoneses doblados para dar mayor seguridad en los rapeles.

Como reconocimiento a sus primeros ascensionistas nombré, junto a mis compañeros, dicha ruta como «Vía Vásquez», y el paso más difícil de la ruta (paso clave además) como «Paso Vásquez», un reconocimiento modesto para los mundanos, pero de inmenso valor para los escaladores.

He aquí lo que escribí pocos días después de concluida la segunda ascensión, en un estilo que hoy en día tal vez no me atrevería a hacer pero que guarda el valor de lo original.



Cerro Arenas, Andes Centrales, Chile, 4.700 m.

PARED SUR CERRO ARENAS

(dedicar artículo a Germán)

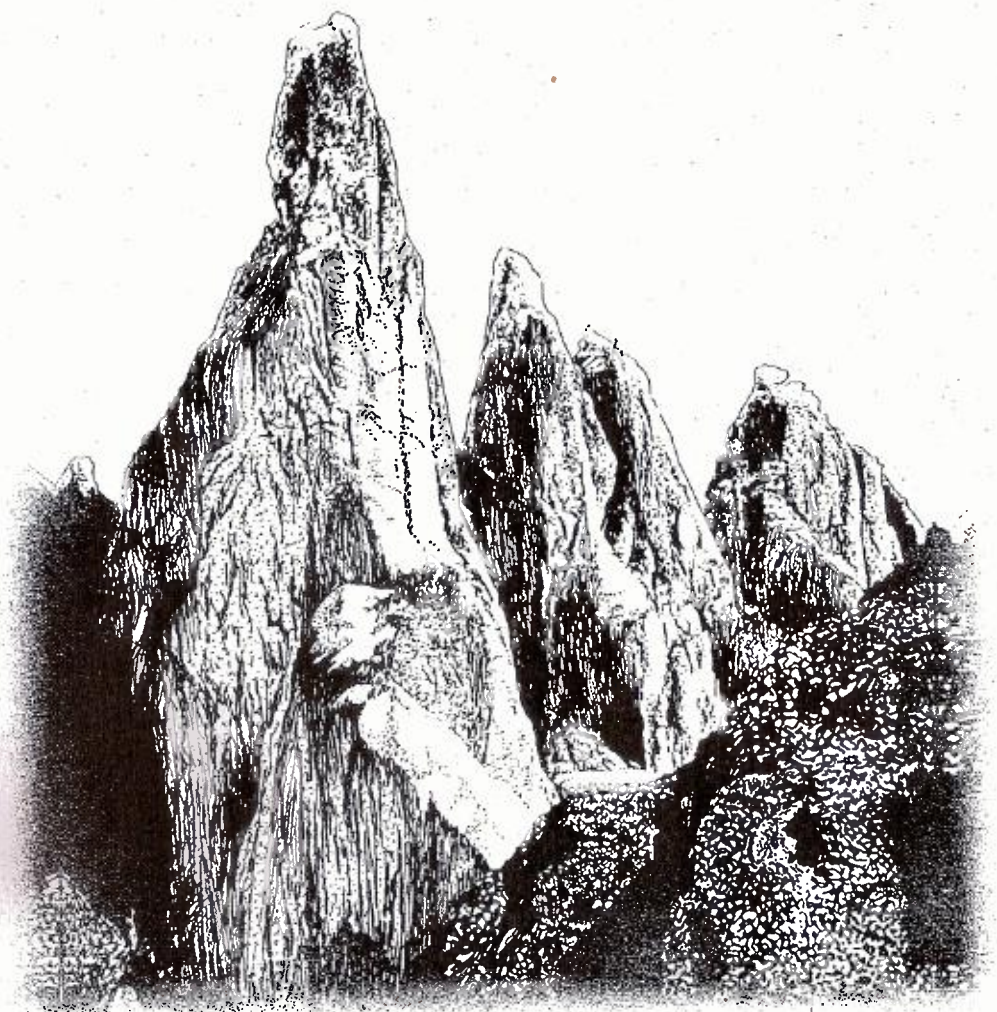


Lo primero que hice fue verificar su muerte, tomarle el pulso, sentir su corazón, ver si respiraba, pero afortunadamente para él todo había sido muy rápido. El cuerpo estaba sobre la roca de inclinación suficiente para que resbalara y siguiera cayendo hasta el precipicio bajo el nevero, así que casi sin pensarlo clavé un pitón y lo até a él. Le desenrollé la cuerda del cuerpo, la necesitaría para bajar, y en un estado de gran conmoción subí al sitio del vivac por algunas cosas y, dejando abandonados cámara fotográfica, saco de dormir, y mucho dolor, empecé el descenso sin apego por mi propia vida por lo injusta que consideraba la muerte de mi amigo, tanto es así que bajaba sin mayor precaución en medio de grandes caídas de piedras y haciendo rapeles de un solo clavo, puestos con tan sólo tres golpes de martillo. Años después, en el transcurso de una ascensión en solitario a la pared, encontraría restos de tales rapeles, y una de las cintas de color amarillo. La subí y la dejé en la cumbre como testimonio ¡dichoso aquel que la haya encontrado, me gustaría que supiese lo que significa!

Germán murió, sus padres instituyeron un Premio, algo realmente excepcional, y en losaños que lleva la ceremonia de entrega, sólo he sido invitado formalmente una vez....

Pero aún conservo el único recuerdo material que me dejé, por derecho propio, de mi amigo: su colchoneta Millet, color azul, la que

sigo utilizando en las montañas del mundo y que me proporciona mucha comodidad y bienestar. Pero también debo decir que su recuerdo y el cruce de nuestras miradas cuando caía, y cuando, ya su alma vagando, me desbloqueó la cuerda de un rapel, me dejaron un dolor indeleble.



Cerro Torre, Andes Patagónicas, Chile-Argentina, 3.128 m.

CERRO TORRE

INTRODUCCION



n diciembre del 87 realicé cinco intentos para ascender el Cerro Torre; los tres primeros en solitario y los restantes, un poco más sensato, en compañía del escalador polaco Ryszard Pawlowsky. El último significó llegar a unos doscientos metros de la cima.

Todos habían sido en perfecto estilo alpino, por el filo Sur-Este, la vía del gran Cesare Maestri, tan criticada y envidiada.

El Cerro Torre más que una montaña es un símbolo, y vencerlo más bien constituye la superación de los propios temores.

No haber podido alcanzar su cima cuando se estaba tan cerca, hizo inevitable surgir aquel sentimiento miserable del fracaso. Las cumbres son muy importantes.....

Pero volvimos, y fue historia....

LA ASCENSION

Esta historia transcurre en Patagonia donde el buen clima es tan precioso y raro como el agua en el desierto. Con rápidos cambios de clima y vientos que muchas veces superan lo aguantable, allí

no se sabe si la práctica del andinismo es una gran estupidez o un acto supremo de masoquismo.

En esta tierra, justo en el borde entre Chile y Argentina, aproximadamente a la latitud de Puerto Edén, se sitúa el Cerro Torre, una montaña espectacularmente bella y agresiva, de aspecto casi irreal.

Ascendida por primera vez el año 59 por su cara Norte, no volvió a ser ascendida hasta inicios del 70, esta vez por el lado Sur Este, ocasión en la cual hubo de emplearse un compresor para poder fijar los clavos a la roca, situación que dio origen a una de las mayores controversias en la historia del alpinismo del mundo. Pero el tiempo ha demostrado que sólo quienes hemos estado allí podemos juzgar tal estrategia.

En Diciembre del 87, luego de un año y medio de preparación, juntar fondos, reunir equipo, estudiar muchísimos artículos y fotografías, intenté escalarla primero en solitario y luego en compañía de Ryszard Pawlowsky, veterano entre otras, de la Pared Sur del Lhotse, quien me había sido presentado por la famosa himalayista Wanda Rutkiewicz.

En ese entonces y luego de pasar una noche colgados de la pared, bajo una lluvia incesante y a merced de las avalanchas, tuvimos

que batimos en retirada jurando en lo más profundo de nuestro ser, y gritándolo al viento, que jamás volveríamos a dicho lugar.

Sin embargo diez meses después estaríamos de nuevo, sin comprender aún en donde estuvieron internadas las raíces del tal determinación.

Con Ryszard partimos desde Río Gallegos, otrora capital de la Guerra de las Malvinas, una fría tarde de Octubre con destino a El Chaltén, una villa situada en el Parque Nacional Los Glaciares, nuestro destino final. Con un clima permanentemente lluvioso debimos permanecer inactivos durante varias semanas en nuestro Campamento Base cocinando, bebiendo grandes cantidades de cerveza y charlando con las personalidades del alpinismo que allí se encontraban.

El día 9 de Noviembre el barómetro por fin acusó una leve mejora del tiempo; dándose inicio a una verdadera carrera contra la montaña y el clima voraz. Una vez que alcanzamos el glaciar pasamos allí nuestra primera noche sin saco de dormir y bajo un cielo estrellado.

Pero no podíamos dejar de pensar en la muerte de cuatro personas tan sólo dos días atrás en el río, entre ellos el Guardaparques y Eduardo, un andinista argentino. El peso de la tragedia era tal, que hizo desistir del intento a una cordada checo-suiza que también los conocía. Cuando la muerte anda cerca, uno reconsidera los riesgos en este tipo de ascensiones.

Muy de madrugada reiniciamos la marcha, escalando simultáneamente las pendientes de hielo inferiores, hasta que el sol nos bañó cuando alcanzamos el collado en que se sitúa el inicio de la vía Maestri. Normalmente es aquí donde las expediciones construyen una cueva de hielo para protegerse de las tormentas, pero este año nadie había logrado subir hasta allí, por lo que existía tan sólo una gruta natural de fondo incierto.

Nos alternábamos en el liderazgo de la subida, cargando lo estrictamente necesario en nuestras mochilas; algunos sobres de comida, clavos para roca y hielo, friends, etc. y también mucho coraje. Mi compañero lo hacía de preferencia en las secciones de roca, en tanto yo en donde había hielo. Las dificultades se manifestaban desde el inicio, con decenas de metros de roca vertical y a veces extraplomada. Ryszard sube y cincuenta metros más arriba me espera dejando la cuerda atada para que yo pueda subir izándome por ella para no perder tiempo. Posteriormente intercambiamos equipo y continúo como líder para repetir la operación.

Atravesamos cuidadosamente por inclinadas placas de roca con un vacío espantoso bajo nuestros pies, hasta alcanzar la base de una rutilante chimenea con el fondo tapizado de hielo. Ryszard da golpes con el martillo en sus profundidades mientras esquivo los trozos de hielo que caen, luego sube apoyando rodillas, espalda, y en fin toda su anatomía hasta alcanzar un lugar en donde poder permanecer de pie. No podemos creer que en ese preciso lugar habíamos pasado una horrible noche el año anterior.

Varios cientos de metros más arriba una sección quedaría grabada profundamente en mi memoria: gigantescas costras de hielo de no más de tres centímetros de espesor cubrían la roca casi vertical, por lo que me vi obligado a utilizar una técnica especial; tallar con un par de golpecitos una muesca en donde apoyar los primeros dientes de mis piolets para luego izar los pies y clavar cuidadosamente la punta de mis crampones para no provocar el desplome de la frágil superficie. Después de avanzar así unos veinte metros sin poder colocar ningún tipo de seguro oigo a Ryszard gritar: ¡Dago... be careful!... sin saber si es porque le ha sobrevenido una especie de instinto maternal o es que duda poder sostenerme en caso de caída. Una eternidad más tarde alcanzo la roca y subo por ella como cohete impulsado sólo por el miedo, pisando clavos y mosquetones abandonados en luchas anteriores y colgado de uno de mis piolets enganchado sólo Dios sabe donde.

Pasaban las horas y la luz se desvanecía, estábamos exhaustos y también excitados. Hasta ese momento todo había salido bien, pero aún debíamos tallar una plataforma en el hielo para pasar la noche. El puesto de chef lo asumió Ryszard antes que me diera cuenta y pudiera evitarlo. Preparó la cena mezclando sopa de champiñones con Geval, un compuesto vitamínico con sabor a levadura, y un sobre de Tang de naranja -para colmo de bajas calorías-. Sabiendo que no se puede agredir a una persona cuando se la necesita, y menos aún cuando se está escalando esta montaña, pensé que lo mejor sería aplicar pedagogía e intentar traducir el contenido de los sobres, para luego resignarme a engullir la espesa mezcla.....

A las 3:30 de la madrugada continuamos la ascensión. Enormes y amenazantes colmillos de hielo colgaban encima, sin saber cuándo se desprenderían. Alcanzamos un borde seguro y comenzamos a ascender por la larga sucesión de clavos en diagonal hacia las torres de hielo bajo la pared final. Repentinamente, detrás de nosotros aparecen dos escaladores amigos; los eslovenos Silvo Karo y Janez Jeglic, con quienes intercambiamos algunos chistes e impresiones. Estamos felices pues el inmenso hongo de la cima se ve muy cerca y el tiempo es magnífico. Les damos la delantera y continuamos. El sol entibia nuestros agarrotados músculos mientras que de soslayo contemplamos una parte del Campo de Hielo Sur.

Escalábamos muy rápido, no sé si por el pánico que sentíamos o por el efecto del brebaje de la noche anterior, cuando súbitamente oigo un fuerte trueno y veo cómo una enorme masa de vapor se desplaza a gran velocidad entre nosotros y la cumbre de la montaña vecina, la Torre Egger. En lo alto, enormes nubes lenticulares se adentraban del Pacífico anunciando la tormenta.

Dos horas más tarde estábamos dentro del infierno mismo, con vientos de unos 90 kilómetros por hora, y la nieve que nos golpeaba el rostro y nos abría las carnes. Así escalábamos a través de túneles y cascadas de hielo de fantástico aspecto. Al llegar al penúltimo largo de cuerda nos esperaban Silvo y Janez, señalándonos que subir a la cima sólo era posible haciéndolo juntos de modo de asegurarnos el descenso que en estas condiciones sería crítico, usando para ello las dos cuerdas de 50 metros.

Tras ordenar el material, proteger los equipos de cine y terminar de forrarnos con nuestras vestimentas, ascendemos clavo por clavo, sin dejar de maravillarnos al pasar junto al compresor abandonado hace 18 años por Maestri y sus amigos, y a las 18:15 alcanzamos la superficie del hongo, a pasos de la cima, ubicada quién sabe donde.

Allí el viento soplaba a unos 180 kilómetros por hora y la temperatura de unos 20° C bajo cero. Jamás había sufrido la terrible sensación de que si levantaba la cabeza el viento me arrastraría hasta las lejanas pampas.

Apenas todos reunidos, un palmetazo y nos vamos al diablo. Nos descolgamos por las cuerdas lo más rápido posible, procurando estar en movimiento para no coger mucho frío. En varias ocasiones la fuerza del viento era tal que nos azotaba contra la roca. La noche no tardó en llegar y aún estábamos a unos 1.400 metros del glaciar directo bajo nuestros pies.

Alrededor de las 4 de madrugada alcanzamos por fin la gruta de hielo al inicio de la vía, tras haber superado serios, pero muy serios inconvenientes. Sólo la experiencia ganada en muchos años de práctica del montañismo de dificultad nos permitieron llegar vivos hasta allí.

Víctimas de agotamiento y completamente empapados, dormitamos algunos minutos sentados en el hielo dentro de la gruta, para ser despertados por la sensación de ahogo al tener cerca de medio metro de nieve fresca encima, que no cesaba de filtrarse por la entrada.

Con las primeras luces del día reiniciamos el descenso hasta el Campamento Base, padeciendo fuertes dolores en las extremidades, causados por el frío.

....Hay quienes creen tener experiencias místicas en las montañas, toda suerte de nirvanas o encuentros consigo mismos. Por nuestra parte sólo sentíamos un enorme deseo de comer y descansar luego de cincuenta horas de escalada y tres noches casi sin dormir, y aunque nos consideramos personas normales, sabíamos que tras nuestro ascenso ya no éramos los de antes; habíamos escalado aquel símbolo conocido como «El Ideal del Alpinismo Extremo» o «La Montaña Más Difícil del Mundo», y pese a nuestro calamitoso aspecto, era imposible ocultar el brillo en nuestros ojos que delataba nuestro estado de embriaguez, pero esta vez de gloria...

EPILOGO

Siempre había pensado que el día que escalara esta montaña me retiraría del andinismo, pues de acuerdo a mis posibilidades no veía un desafío mayor que demandara tanto de una persona sin depender de la habilidad de otras. Además ninguna me había llamado tanto la atención cuando vi su foto por primera vez en mis inicios, y escuchaba las historias casi míticas que de ella se contaban.

Pero no fue así, y aunque durante un período muy largo de tiempo sufrí pesadillas en las que me veía colgado sobre sus abismos o atrapado por una tormenta, sólo vi abrirse nuevas puertas. Es

así como recibí invitaciones para ascender el Annapurna por su cara Sur, y posteriormente el Makalu en invernol, todo esto junto a las estrellas del alpinismo polaco.

Pero también fui invitado a subir una muy poco conocida pared del Monte Everest y descubrir nuevos amigos. Al parecer mi retiro y dedicación al «fly-fishing» tendrán que esperar.



Pared del Kangshung o Este del Monte Everest, Himalaya, Tibet, 8.848 m.

PRIMERA ASCENSION SUDAMERICANA AL MONTE EVEREST



uando a fines del 89 oí de uno de los integrantes de la fracasada expedición que recién volvía, que el próximo intento sería por la Pared Este, es decir la Cara del Kangshung del monte Everest, no pude dejar de pensar que ese sí era un gran chiste. Pero al meditarlo un poco más, consideré que ese proyecto era más bien una crueldad, que sus gestores tal vez no sabían de qué estaban hablando y que hasta quizás se vería comprometida la vida de alguien.

Continué ese año y el próximo con modestas ascensiones y preparando mi tan postergada expedición a Los Andes de Perú, cuando un día fui invitado a integrar un grupo para escalar el San Valentín, en Patagonia. De allí saldría el grupo que iría al Everest. Fue entonces que tuve que pensar en el asunto desde otra perspectiva.

Lo cierto es que el Everest para mí nunca había constituido una meta, ni siquiera un hito en mi afición, pero eso de ir por una ruta extremadamente peligrosa y difícil, sólo una vez ascendida, sin gran apoyo y constituyendo un grupo muy pequeño de personas, respondía a mi ideal de montañismo; despertó entonces mi interés dejando aflorar mi instinto de escalador, el cual una vez más se interpuso sobre la razón. Me comprometí totalmente con el proyecto.

Aquel frustrado intento al San Valentín, y una corta pero intensa ascensión al Llullaillaco en el norte, marcaron los comienzos de un año de preparativos y entrenamientos hasta que por fin, aún sin creerlo, oíamos el croar de los cuervos en nuestra ventana del hotel en Kathmandú.

Sobrevinieron días de compras, desaduanajes, templos y mucho ruido, hasta que una vez todos reunidos, un corto viaje nos dejaría en el Tibet.

El grupo lo integrábamos Rodrigo Jordan, jefe y responsable de la expedición por cuya inconciencia íbamos al Everest por una de sus vías más difíciles; Christian Buracchio, escalador e ingeniero mecánico, que con sus manos se encarga de modificar todo elemento producido por el mundo industrial por considerarlo defectuoso o mal diseñado; Claudio Lucero, viejo zorro de montaña y tal vez el único que ha llevado a más de 80 de sus alumnos en forma simultánea a la cumbre del Aconcagua; Cristián García-Huidobro, escalador, extraordinario gourmet y catador de vinos, presidente del Club de Amigos del Colesterol e ingeniero especialista en computación (confieso que siento un profundo odio por los computadores); Juan Sebastián Montes, escalador y, lo que es peor, abogado, es decir la oveja negra del grupo; Alfonso Díaz, médico y entusiasta montañista, coleccionista de cuchillos, pistolas y todo tipo de artefactos que provocan la muerte; él es

quien en más de una ocasión ha operado a alguien sólo con su cortaplumas suizo, en la calle. Y por supuesto yo, Dagoberto Delgado, escalador e ingeniero, pero básicamente vago de corazón.

Además nos acompañaban los sherpas Chuldrim y Nigma, rompecorazones entre las tibetanas, y Kharma, nuestro cocinero, sin duda el personaje más importante del grupo.

Transcurridos 9 días de marcha desde Kharta, con 84 porteadores locales, instalamos el Campo Base. Era el 8 de Abril.

La Pared Este del Everest, junto a la del Lhotse, por la gran acumulación de nieve y lo escarpado de sus laderas, conforman un gigantesco teatro en que el gran concierto de avalanchas jamás cesa, y la ruta que seguiríamos en medio de este caos ofrecía una ilusoria alternativa de seguridad.

Dimos inicio a un intenso trabajo en que, con un sistema de turnos, nos alternábamos para escalar y transportar cargas. El acto masoquista por todos conocidos de levantarse a desayunar a las 02:00 AM, con -20 °C; cumplir con el llamado de la naturaleza entre las piedras de la morrena y la oscuridad; subir jadeando por cuerdas fijas hasta por fin alcanzar su término junto al sol, no hace falta detallarlo.

Lo primero que teníamos que enfrentar eran los 1.000 metros de desnivel, terriblemente expuestos a la caída de aludes, para alcanzar la Arista de Las Coliflores. El comienzo lo marcaba la escalada en roca que, a medida que se ganaba altura, aumentaba

en verticalidad. Pasos de grado V+, agravados por la altitud y el «verglass» demandaron especial esfuerzo antes de alcanzar la Canaleta Escocesa, que con su fondo de hielo rápidamente conducía al inicio de la Travesía, sin duda el sitio más siniestro de todos, en que echábamos nuestra suerte al destino cada vez que la cubría el viento y la nieve de las avalanchas. Toda una experiencia muy traumatizante que a más de alguno afectó.

En la Travesía la roca estaba cubierta con hielo y era nada de encantador subir rápidamente en puntas frontales puesto que, como si fuera poco, además estaban los seracs de la Arista de Las Coliflores sobre nuestras cabezas, esperando el momento preciso para dejarse caer sobre algún incauto.

Más arriba la escalada se tornaba muy variada y entretenida, y por primera vez disfruté del terreno mixto que tanto me acomodaba, gozando como chino cada vez que colocaba un tornillo de titanio mientras algunas centenas de metros más abajo fluía gran cantidad de piedras y hielo por el gran canalón.

Buracchio completaría algunos bellísimos pasos en hielo vertical antes de que lográsemos establecer el Campo 1, a dos semanas de haber comenzado. Aquí no nos cubrirían las avalanchas, a lo más podríamos caer con Coliflor y todo.

Mientras algunos siguen abriendo ruta hacia el Campo 2 los demás realizan viajes para abastecer el Campo 1, y es en uno de éstos cuando, al ser sorprendidos por una avalancha, nuestros sherpas sujetos a la cuerda fija en plena Travesía y flameando

como banderas, reciben fuertes golpes, situación que agravaría sus aprehensiones y nos haría merecedores del título «crazy Chileans».

Hacia el Campo 2 las dificultades se concentraban en secciones verticales de hielo, pero la nieve honda, en general hasta la cintura, agregaba un agotador nuevo ingrediente. En medio de una inmensidad de seracs y grietas resultaba muy difícil adivinar el camino, siendo necesario a menudo guiar desde abajo por radio.

No podíamos darnos el lujo de descansar mientras no estuviéramos con los campamentos en condiciones para un eventual ataque a la cumbre. Es por ello que aún en condiciones climáticas adversas abríamos ruta o transportábamos carga.

Luego de tres agotadores intentos logramos dejar un depósito a pocos metros de lo que sería el Campo 2 a 7.200 metros de altura, y un repliegue general nos reunió en el Base.

Allí, entre carpas y banderas de oración, de sólo sentir el olor del arroz al curry que preparaba Kharma me sobrevenían fuertes arcadas. Sólo cuando chico y a golpes me obligaron a comer cosas peores. Descubrí que con azúcar era más aceptable, y mientras hacía esfuerzos para tragar, el resto chupaba la cuchara y pasaba la lengua al plato con tal de no perder siquiera un granito. Por fin pudimos descansar, bañarnos algunos, y prepararnos para el ataque final.

El 12 de Mayo se inicia el ataque tras decidirse que Jordan y Huidobro atacarían la cumbre en tanto que Buracchio, Lucero y Montes apoyarían. Yo me quedaría junto a Alfonso en el Base, debido a un par de costillas fracturadas. Los sherpas habían bajado a Kharta por comida, y a su regreso deberíamos evacuar el campamento.

Las jornadas se hacen eternas por la nieve honda. En 12 horas se sube del Campo 1 al 2, y desde este último en 20 horas se logra llegar al Collado Sur muy de noche el día 14.

Pero no había sido fácil; Lucero, a 7.600 metros y al límite de sus fuerzas, debe bajar al Campo 2 y decide quedarse allí para esperar y ayudar a bajar al resto. Buracchio en tanto, agotado por su pesada mochila, sufre principio de hipotermia poco antes de llegar al Collado, y debe ser atendido. Es el precio de un trabajo en equipo.

El derramamiento de una olla con agua impide la salida a las 10 de la noche, y es así como sólo a las 24:00 comienza la lenta marcha hacia la cumbre, uniéndose a ella Montes, quien se encontraba en buenas condiciones.

Huidobro dormita mientras camina y Jordan lo vigila; Montes conectado a su propio mundo, y los equipos de oxígeno en las mochilas para usarlos cuando sea estrictamente necesario. Al mirar hacia abajo, decenas de lucecitas emergen de algún lugar en el Collado Sur. Es una caravana de expedicionarios procedentes de la ruta normal del lado nepalés.

Los primeros en alcanzar a nuestros hombres son los sherpas de una expedición norteamericana que, llenos de asombro, preguntan de dónde venimos, y se sorprenden de que Huidobro lleve pala, saco de vivac, anafre y otros implementos para pasar una noche de emergencia. Acto seguido éste vacía su mochila de cosas inútiles y luego de conectarse el equipo de oxígeno sube rápidamente hacia la cumbre.

Y no puedo dejar de contar lo que allí se vio. Sherpas portando en sus mochilas termos con té caliente y botellas de oxígeno de reposición para sus clientes occidentales a quienes además les hacían el duro trabajo de abrirles la huella en la nieve. Antes se habían encargado de equipar lo que algún día fue la mítica Cascada de Hielo del Khumbu y todos los campamentos superiores. Sin duda que la aventura de escalar el Everest por Nepal no existió en esta oportunidad.

Pero eran las 10:25 del 15 de Mayo y Huidobro pisaba antes que nadie la cima, mientras desde más abajo Jordan lo filmaba. Montes, agotado por el esfuerzo de subir sin equipo de oxígeno, llega 3 horas después. Unas fotografías, y luego el descenso. Esta vez al final de la caravana, sólo para adelantar a dos sherpas que bajaban dando extraños pasos ya que mejoraban la huella en la nieve para una eventual subida al día siguiente (!).

Vendrían días eternos de descenso en que se recuperó totalmente el equipo de la montaña, y una vez todos en el Base pudimos celebrar con chapatis y tsampa.

Esta vez con nuestra carga en yaks, recorrimos en medio de la llovizna y la nieve los valles hacia Kharta, admirando los rododendros, marmotas y carneros salvajes en las colinas. Pero sobre todo, hipnotizados aún por la experiencia recién vivida.

A nuestro regreso a Chile hubo de todo; recibimientos en salones VIP, traslados con escolta policial, discursos y conferencias de prensa, cenas, entrevistas, etc., etc. Sin embargo debo decir que lo mejor de todo fueron las felicitaciones de montañistas, de aquellos que realmente entienden de qué se trató este cuento; chilenos, norteamericanos, checos, argentinos, ingleses, italianos etc., a todos ellosGracias!!.

LO QUE NO PUDO LA MONTAÑA EN CINCUENTA AÑOS LO LOGRO EL SALVAJISMO DE LA VIDA MODERNA EN UN SEGUNDO *



Wolfgan Foester, andinista, explorador, que hoy vuela junto a los cóndores.

Pretender describir la vida como montañista de W.F. en unas pocas líneas es un completo absurdo, y además soy el menos indicado para hacerlo. Pero cualquiera que lea cuidadosamente la siguiente lista de sus principales actividades y que tenga un mínimo de conocimiento de geografía podrá entender perfectamente de lo que se habla.

* Dagoberto admiraba a Wolfgan Foester y aseguraba que era «un grande» en la historia del montañismo chileno. Valoraba su espíritu pionero que durante cincuenta años buscó siempre nuevas rutas en donde llevar «un poco más allá» el límite de lo posible. A los 70 años Wolfgan Foester todavía salía —muchas veces solo— a excursiones en las montañas que tanto amó. Fue precisamente en una de estas salidas, cuando dormía en su carpa, que unos asaltantes despiadados lo asesinaron a palos para robarle.

SI YO FUERA UN MAGO, BORRARIA EL CERRO TORRE DE LA FAZ DE LA TIERRA

(Cesare Maestri, Madonna Di Campiglio, Julio de 1995)



s mi opinión absolutamente personal que ciertas montañas tienen un carácter rotundamente propio por sobre el resto de las montañas del mundo; veamos lo que quiero decir; el Monte Everest simboliza como ninguna otra la culminación, o por así decirlo, el punto cúlmine del montañismo de exploración y conquista, y tanto es así que constituye un objetivo de carácter nacional para esos países que aún no lo «conquistan». Por otro lado, el K2 ha pasado a constituir entre los Gigantes el que presenta un alto riesgo y un gran índice de muertes entre quienes intentan su ascensión, lo que le ha dado un carácter, aunque tal vez falso, «de la montaña más difícil del Himalaya» (corregir concepto *****).

Los ejemplos anteriores obedecen a gigantes del Himalaya, objetivo normal de grandes expediciones de carácter nacional, aunque también hay que decir que han sido vencidas por equipos muy reducidos (de entre los cuales tengo el orgullo de decir que uno fue chileno, por una ruta muy difícil, sin ayuda externa, y en cuyo equipo tuve la fortuna de participar) e incluso por la forma más pura y conmovedora del montañismo: en solitario y sin oxígeno.

Pero existe una montaña que, en mi modesta opinión, tiene un carácter verdaderamente especial, ya que fue considerada hasta hace muy pocos años, y tal vez para algunos aún lo sea ya que no están claros los límites de la perseverancia y tenacidad humanas, como la

«montaña más difícil del mundo». Y es que estoy hablando de algo especial, estoy hablando de montañismo extremo, no de conquista, aquel que practica un muy reducido grupo de hombres en el mundo, lejos de publicaciones, reportajes, entrevistas, etc. Y es precisamente esto lo que identifica al Cerro Torre como una montaña envuelta de una atmósfera especial como ninguna otra en el planeta, y por cierto a un nivel muy superior.

ENCUENTROS CON HOMBRES NOTABLES.....

ENCUENTROS CON HOMBRES NOTABLES



Uno de los aspectos más maravillosos del montañismo es el de poder conocer personalmente a hombres que han constituido una fuente de inspiración y por quienes uno siente una profunda admiración y respeto.

Más interesante aún es cuando uno ha tenido la fortuna de poder escalar alguna ruta de una montaña del mundo en que alguno de ellos fue el pionero.

Ricardo Cassin
Cesare Maestri
Reinhold Messner

Chris Bonington
Yvon Chouinard
Maurizio Giordani

De todos, sin duda alguna el más emocionante ha sido el encuentro con R. Cassin por su figura legendaria y extraordinaria sencillez y amabilidad. Sin embargo el que me provocaría lágrimas de emoción fue Cesare Maestri, el conquistador de una de las montañas más salvajes del planeta, el mítico Cerro Torre....

En Madonna de Campiglio, Italia, en el corazón de Las Dolomitas, en Julio de 1995 a las 16:00 horas entramos Rodrigo Jordan, Misael Alvial y nuestro amigo italiano Simone, a uno de los negocios de Maestri, en este pueblo de cuento. La chica de allí nos dice que no se encuentra, que tal vez lo podríamos ubicar frente

a la pequeña plaza en otro de sus locales, y hacia allí nos dirigimos un poco nerviosos por la emoción.

A unos cien metros de distancia ubico una figura inconfundible, de cabello cano y aspecto de gran fortaleza física, no me cabe duda de quién se trata.

Con mi escaso italiano, aprendido de mi hija de nueve años, le digo:»Buen día señor Maestri, somos chilenos, y estamos aquí para conocerle personalmente, y yo en particular, para darle las gracias, gracias por sus clavos puestos en la roca del Cerro Torre, porque he podido escalar esa montaña..... Porque gracias a sus clavos he podido escalar esa montaña.... ningún hombre que ha escalado tu vía dice que es necesario despojarla del compressor, quien diga lo contrario es un hipócrita....»

En el ambiente se produce una tensión indescriptible, aunque provocada por emociones reprimidas, por mi parte olvido todo, a mis amigos, que estoy en Italia, que soy chileno, que hace calor, que me duele el brazo, etc., sólo estoy atento a no perderme ningún gesto ni impresión de mi interlocutor, y a comprender sus palabras.

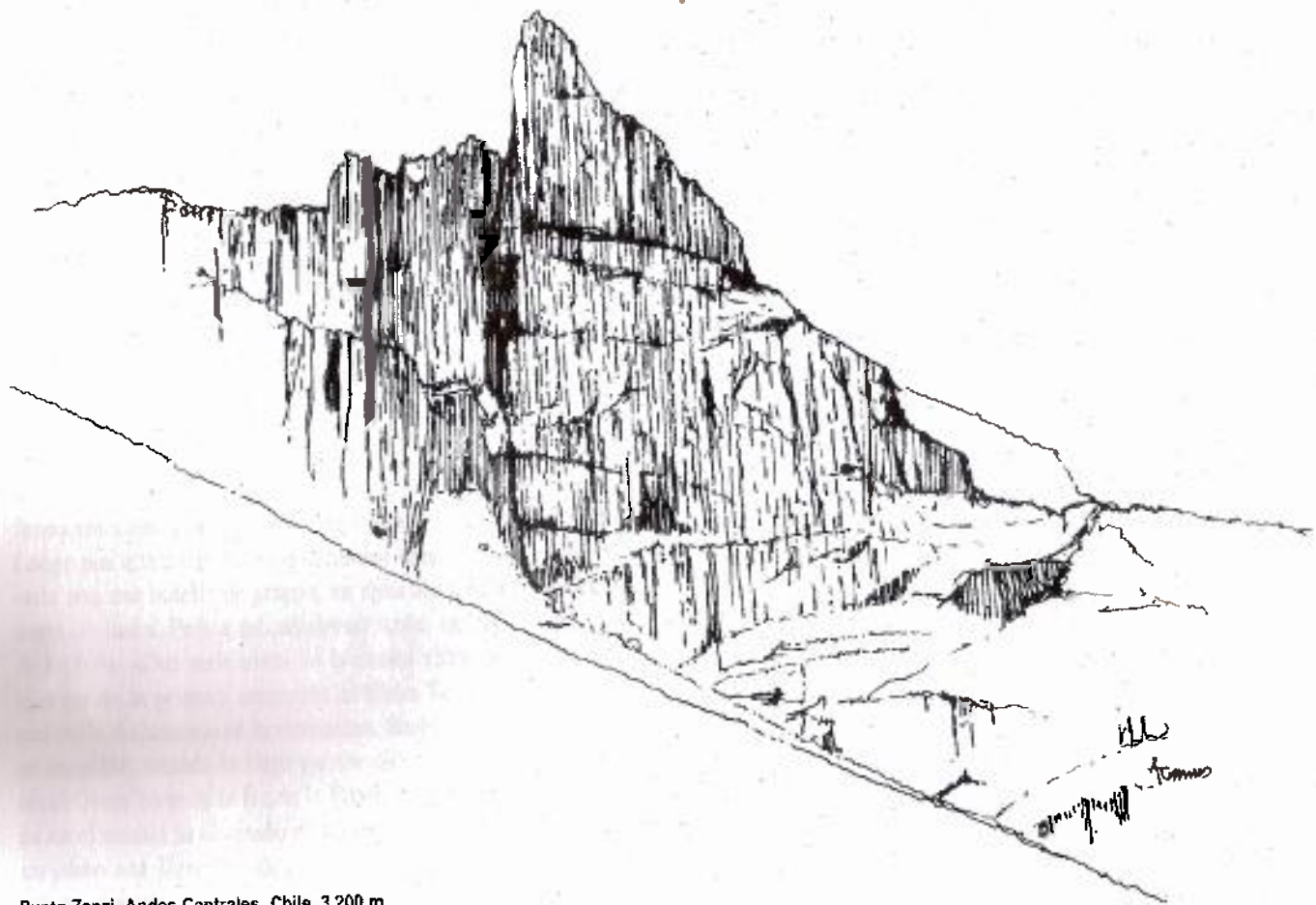
Me responde: «Si, cada vez que hablo de esa montaña, me sube un fuerte dolor ardiente desde el estómago, pienso que nunca

debería haberla escalado. Nunca una montaña me había provocado tantas amarguras por las críticas recibidas, y es que si los ingleses que eran tal vez los mejores escaladores del mundo en ese momento (no olvide el lector que entre ellos se encontraba Dougal Haston) no pudieron ascenderlo, no vi otra posibilidad que apoyarme en el uso de un compresor para poder forzar los pasos más difíciles, eso es lo que algunos no quieren comprender».

Le respondo que lo que cuenta es la opinión de quienes han subido, de hecho le explico que los eslovenos, Karo y Jeglic, me manifestaron el profundo respeto que sentían por su persona, y que en el contexto histórico el estilo de la ascensión era absolutamente aceptable. Le digo que hasta el mismísimo Marco Pedrinni, quien la subió en solitario, decía que lo había hecho sólo gracias a sus clavos.

Maestri intenta cambiar de tema pues reprime, como yo, una profunda emoción, y me pregunta acerca de mi accidente en el Dru. Luego nos invita a una de sus hermosas tiendas para regalarnos a cada uno una botella de grappa, un agua ardiente muy típica del norte de Italia. Pero a mí, adicionalmente, me regala una copia de su libro «Due mila metri de la nostra vita», en que relata la historia de la primera ascensión al Cerro Torre, y escribe en él una bella dedicatoria en la contratapa. Rodrigo, Simone y Misael se despiden; cuando lo hago yo, me dice: «Si fuera mago borraría el Cerro Torre de la faz de la Tierra, pues ninguna otra montaña en el mundo ha desatado tantas envidias y rencores», y observo cómo una lágrima está a punto de escapar de sus ojos. Ante eso me apresuro en responderle «No, no puedes borrar el Cerro

Torre de la tierra, pues el Cerro Torre eres tú, aunque no lo quieras aceptar, y el mundo ve en esa montaña al gran Cesare Maestri», y como soy menos experimentado, no pude reprimir mis lágrimas; como un niño me despedí con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, y sin poder ocultar mi llanto salí de la tienda y pasé al lado de mis amigos, debo confesarlo, sin sentir vergüenza por ello.



Punta Zanzi, Andes Centrales, Chile, 3.200 m.

PARED NORTE DE LA PUNTA ZANZI *



Desde hace algunos años el alpinismo ha alcanzado límites insospechados. La mentalidad con que se enfocan los problemas que surgen de escalar una montaña es otra. Bien sabemos que en los Alpes, terminada la época de conquista de las montañas, sobrevino rápidamente la del alpinismo extremo. Tal evolución también se ha producido en el ambiente himaláico y es así como se han ido imponiendo criterios y estilos en dicho desarrollo.

Evidentemente tal convergencia hacia lo difícil no es masiva y resulta ser patrimonio exclusivo de montañistas que, provistos de la técnica y experiencia necesarias, no ven la superación de dificultades como una mera condición límite que deben afrontar, sino más bien como la esencia misma de este particular deporte.

Tal fenómeno resultante de las leyes que gobiernan el espíritu humano y que lo impulsan a la búsqueda de la aventura obviamente tiene -como en todo orden de cosas- sus detractores; ya sea por ignorancia, si se trata de personas ajenas a la actividad, o por inferioridad -producto de ineptitud- si se trata de personas de algún modo vinculadas a ella.

* Este y el siguiente artículo no aparecían en el borrador de Dagoberto. El los escribí para otras publicaciones. «Pared Norte de la Punta Zanzi» apareció en el Anuario de Montaña de 1983 de la Federación de Andinismo de Chile.

Chile, un país subdesarrollado alpinísticamente, sólo ha experimentado la era del comienzo del montañismo en Europa o, dicho de otra forma, con algunos reparos propios de nuestra mentalidad, aún tenemos aquella que existía cuando Paul Preuss y Hans Dülfer ya discutían la tesis de la escalada sin la ayuda de medios artificiales. Esto ocurría a principios de siglo.

Impulsados con esta mentalidad nueva con que se mira la montaña, es que nos sentimos atraídos por escalar alguna pared difícil. La punta Zanzi, «impresionante aguja, formada por curiosas hojas verticales». (L. Lliboutry, Nieves y Glaciares de Chile) es nuestro objetivo, objetivo que consiste no tan sólo en alcanzar su cima por la vía original, que desde luego ya sería algo interesante, sino que lograrlo a través de su verticalísima pared Norte.

Lo primero fue comprobar la factibilidad. ¿Permitiría la roca la colocación de seguros? ¿qué ruta en la pared sería la más apropiada? Eso fue lo que resolvimos Alejandro Izquierdo y yo en el curso de un inolvidable primer intento, en el cual tuvimos que descender en rapeles desde la base misma de la pared hasta el acarreo que desciende en los chiflones, con visibilidad absolutamente nula (no era posible ver siquiera las propias manos) debido a la oscuridad de la noche y el temporal.

Posteriormente Germán Macció (Q.E.P.D.) y yo hicimos un segundo intento en el que sólo logramos alcanzar la primera terraza y fijar en forma definitiva la vía de ascensión consistente en una línea recta absolutamente vertical, de aproximadamente trescientos metros de desnivel, que une la base con el término de la pared y que en algunas partes aparece extraplomada.

En el que sería el intento definitivo parten el día 21 de Noviembre de 1980 Alejandro Izquierdo, Gino Casassa y Germán Macció con el equipo necesario, y ese mismo día, luego de dejar instalado el vivac, alcanzan rápidamente la terraza y el punto alcanzado anteriormente, y cuando la noche con su negro manto había cubierto el cielo, dejan colocadas un par de cuerdas fijas y regresan al vivac. El encuentro con el VI grado ya se había producido y todo un poema de cuerdas y vacío comenzaba.

A la mañana siguiente se vuelve a la carga; los jumars juegan un papel muy importante. Se alterna el punteo de la cordada que resulta muy cansador, pues la escalada es de A2, y se deben emplear hasta los más rebuscados artificios de la técnica moderna.

Alrededor de las 17:00 hrs. de ese día me uno al grupo, pues motivos de estudio me impidieron hacerlo antes; grande es mi felicidad al ver que se ha alcanzado un tercio de la pared. Desde Lo Valdés hasta el lugar del vivac he demorado tan sólo un par de horas puesto que la escalada hasta allí no ofrece mayores dificultades. Tomo un poco de agua y un brevísimo descanso, cojo algunos cigarrillos «para los de arriba», me armo de un par de jumars y acudo de inmediato a unirme con mis compañeros.

Mientras subo, un cordón que cae revoloteando por el aire sin tocar la pared, me indica la intensa actividad que se vive; la emoción es grande y mayor aún cuando me uno a Germán y Gino, que sentados en una estrecha terraza aseguran a Alejandro quien debe recurrir a los más intrincados trucos para lograr superar un difícil paso en artificial.

Por falta de material me veo obligado a descender; para ello sólo basta darle progresivamente a la cuerda. Luego de fumarnos un cigarrillo, subo para conducir los pocos metros que faltan para alcanzar una pequeña saliente.

Finalmente, una vez superado el trecho, encuentro un lugar donde fijar la cuerda. Alejandro y Germán han descendido hasta el vivac; ya es casi de noche; Gino sube con el material que dejamos ordenadamente para recogerlo al día siguiente, nos ponemos nuestras linternas frontales y comenzamos a deslizarnos por la pared que pareciera no tener fin. Nos sentimos semejantes a las arañas cuando bajan por el hilo de su tela.

En el vivac somos recibidos con sandwiches de sardina y té muy caliente además de una entretenida conversación.

A la mañana siguiente, día 23, luego de un frugal desayuno salen Germán y Gino al asalto final; deben poner toda la atención en un paso de V grado superior sostenido, prácticamente sin seguros, ya que así lo impone la calidad de la roca de aproximadamente 35 metros de largo y con el pedregal de la base a 300 metros bajo nuestros pies.

Alejandro y yo nos unimos a ellos alrededor de las 10 horas, y sin detenernos continuamos hasta salir al filo propiamente tal en donde dejamos la última cuerda fija que nos quedaba. Ya ha pasado lo difícil y nos sentimos muy contentos, más relajados, cada cual vive su propia felicidad.

Seguimos ahora por el angosto filo, en partes no más de dos metros de ancho y muy expuesto, en demanda de la cumbre. Una delicada chimenea nos obliga nuevamente a escalar con mucha precaución. No consideramos necesario encordarnos y al cabo de media hora de escalar, desescalar y saltar de un bloque a otro por la empinada cresta, alcanzamos la cumbre.

Allí comprobamos que esta cima había sido alcanzada por primera y única vez por Luis Krahll, Ernesto Hoffman y Eduardo Meyer el día 7 de Diciembre de 1952, dando una muestra de gran originalidad y audacia. Para ello debieron descender desde el cerro Valdés para tomar el filo Sur que lo conecta con la cima.

Posteriormente habían sido efectuados algunos intentos por César Vásquez, Juan Tangol y otros; por el lado Oeste, que está compuesto por inclinados acarreos y profundas canaletas, pero desafortunadamente sin éxito alguno.

Un mosquetón empotrado en la cima es el testimonio que dejamos antes de emprender el descenso. Son las 16:00 hrs. y ya los rapeles comienzan a sucederse; hay que recuperar las cuerdas fijas y el material. Germán es el primero en alcanzar el vivac, cuarenta y cinco minutos después lo alcanzo yo cuando el agua casi hierve y la comida está en preparación. Media hora más tarde, cuando llegan Ale-

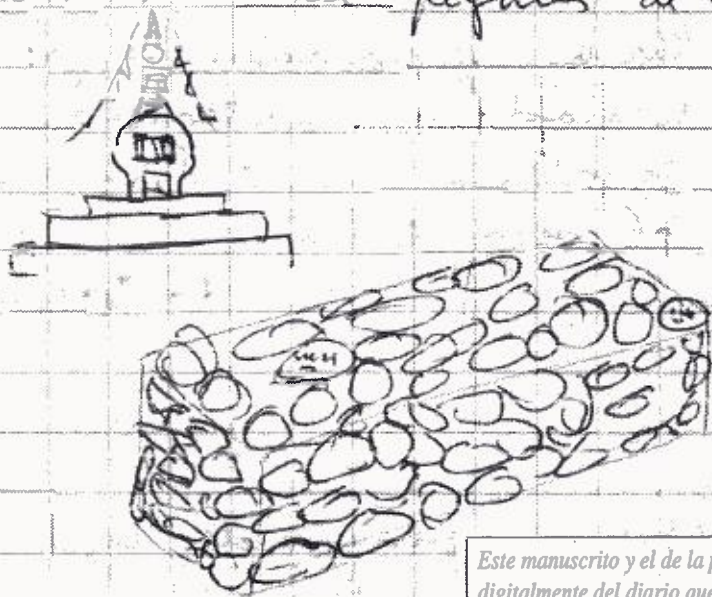
jandro y Gino, esta listo el té que nos ha parecido uno de los mejores que hemos tomado jamás. Lo acompañamos con la incomparable felicidad del triunfo y la satisfacción de poder decir que la Norte de la Zanzi ha sido nuestra.

EPILOGO

Sin duda que la pared Norte de la Punta Zanzi es la más difícil escalada técnica sobre roca efectuada a la fecha en los Andes Centrales, y si bien es cierto que sus características no permiten situarla dentro del contexto de una «Gran Pared», es muy probable que se transforme en una ruta clásica para las futuras generaciones de alpinistas.

El desafío está a la vista; la repetición esta vez al estilo alpino o alguna variante como la «Super Directísima»; esperemos a ver qué sucede...

Durante la marcha se pasaron alrededor de 5 lugares en que había un perfecto muro de piedra rectangular, de $1 \times 1,5 \times 1,5$ m aprox en cuya parte superior habían bolones con oraciones tibetanas esculpidos, y en las extremas a veces habían figuras de Buda y Chorten.



Este manuscrito y el de la página 41 están tomados digitalmente del diario que Dagoberto escribió durante la expedición al Everest en 1992.

EVEREST *



o dudábamos que ese día llegaríamos al lugar de emplazamiento del Campamento 1, por lo que sobrecargamos nuestras mochilas con cilindros de oxígeno y comida para varios días. Unos 25 Kg. cada uno.

Las cuerdas fijas nos permitían ascender rápidamente por los escabrosos lugares en que nos habíamos demorado tanto al principio. La Travesía, con sus enormes colmillos blancos sobre nuestras cabezas, y la dentadura suelta del Gran Al, eran toneladas de hielo que nos imponía un ritmo especial. Había que estar lo menos posible en aquel tan poco amistoso lugar, cargados nos tomaba algo más de media hora.

Por fin los metros finales, colgado de mis ascendedores y apoyado en un estribo siento que se me suelta un crampón, me sacó un guante y con contorsiones circenses apenas logro fijarlo nuevamente, pero pierdo mi guante.....

Cristián insiste en liderar la escalada final, muy corta pero algo complicada, creo que siente como una deuda pendiente con ella, así que no insisto en lo contrario.

* Escrito redactado por Dagoberto para ser utilizado en el libro «Everest. El Desafío de un Sueño».

Instalo un segundo tornillo de hielo y pacientemente espero colgado de mi arnés con la punta de los pies apoyados sobre la helada superficie... comienza a nevar.....

La mochila es tan pesada que prefiero no quitármela por lo complicado de la maniobra, total no deberíamos tardar más de 30 minutos.....

... Sin embargo pasan las horas. Llega Rodrigo y es testigo de mi indignación. Sugiero a Cristián que baje para reemplazarlo en el complejo paso de escalada.

El frío es enorme, y apenas puedo mirar hacia arriba por la cantidad de nieve que se desliza en oleajes por la pared. Canto, garabateo, me apoyo en un pie unos segundos y luego en el otro dejando el anterior libre al vacío, la idea es mantenerme en movimiento y no enfriarme demasiado.

Con el casco cabeceo los trozos de hielo que inevitablemente Cristián deja caer.

Pasan seis horas, un par de tornillos y una estaca y ya estamos. Al fin sobre Las Coliflores que ya no caerían sobre nuestras cabezas. Ahora podríamos caer con Coliflor y todo.

Nieva tan intensamente que no es posible preparar el sitio para el campamento, así que dejamos nuestras cargas y nos vamos al diablo.

Arrojando temores y aprehensiones me deslizo rápidamente hacia abajo por las cuerdas, en eso soy experto, reminiscencias de mis huidas de horrores de Patagonia, y en pocas horas estamos en el Glaciar, y podemos caminar en vez de trepar como simios. Sin embargo un fuerte dolor al costado sobre mi cintura me obliga a ir lento ¿habrá sido el arnés? no importa, da lo mismo, sólo me interesa el humeante «sherpa tea» que nos espera en el Campo Base.

... El médico me ofrece una inyección de anestesia para mitigar el dolor, lo que por supuesto no me parece muy simpático, así que negocio en cuatro calmantes por la mañana antes de trabajar en la montaña.

Aún un poco resentido por el esfuerzo de días anteriores en el empeño por instalar el Campo 2 me uno al grupo en el ataque final, partiendo del Campamento Base en dirección al Campamento 1.

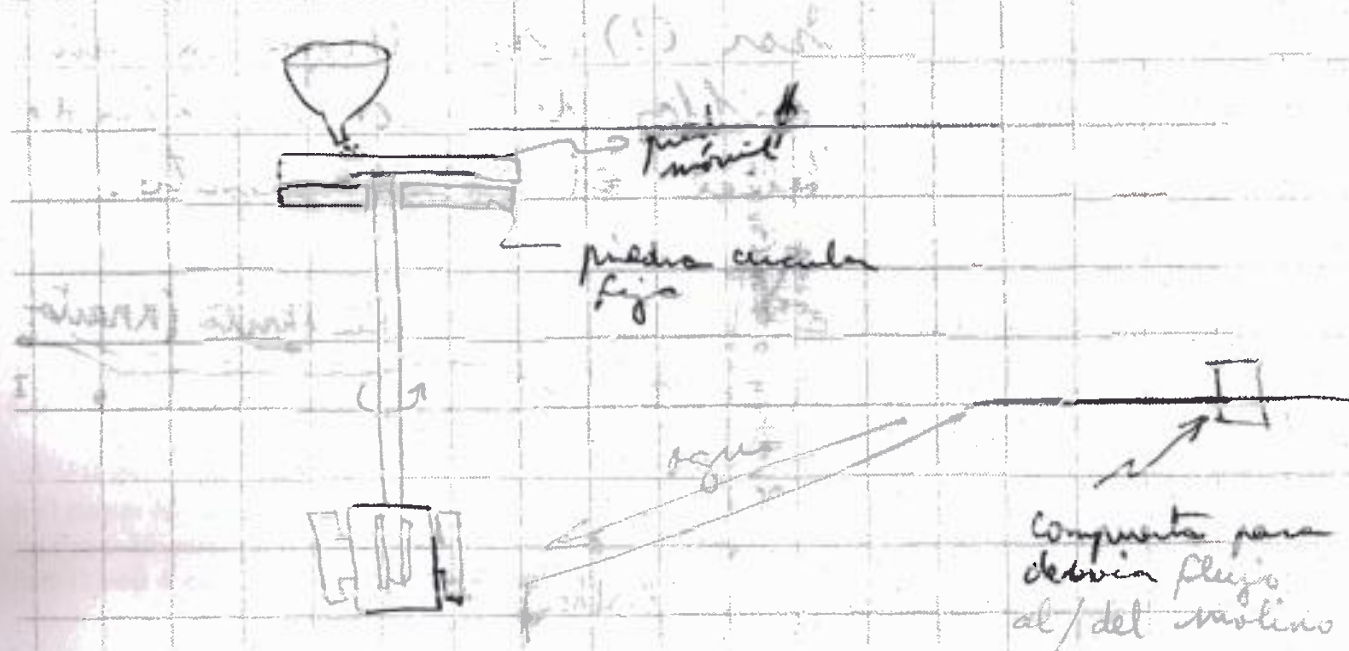
Al llegar allí, quienes habían llegado primero trabajaban despejando la nieve de las carpas.

Apenas puedo levantar los brazos y el acto de respirar profundo me produce un fuerte dolor. La lesión que días atrás sentí en mi costado debía ser nada grave, y confiaba en que no lo hubiese

comentado con los demás para no comprometer mi participación en el asalto a la cumbre.

Al llegar a mi carpa me uno a la faena y comienzo a picar el hielo que se acumuló en las tiendas. Los estornudos son como puñalazos en mis costillas. Comprendo que no podré escalar el día siguiente, ni siquiera los calmantes me provocan efecto. Me deprimó, todos trabajan para el mismo fin sin importar la función y pensar en la posibilidad de tener que excluirme me produce una gran decepción, nunca antes me había sucedido nada igual en las montañas, se esfuma mi opción de ir a la cumbre o apoyar a mis amigos. Incapaz de seguir ocultando mi condición, se la manifiesto a Rodrigo y luego lloro.....

También varían molinos de agua,
~~con el mismo principio~~ con el mismo principio
 que los existentes en Chile:



CURRICULUM DEPORTIVO

Nombre: DAGOBERTO DELGADO CORALES

Fecha nacimiento: 11 de Febrero 1956

• Agosto 1980. Nevado Allinapac (5.780 m.) Perú, Cordillera de Carabaya, primera ascensión absoluta.

• 17, 18 y 19 Septiembre 1980. Tentativa Pared Norte Punta Zanzi.

• Noviembre 1980. Cara Sureste cerro Retumbadero Alto, pasos de III Sup. IV inf. (primera ascensión por ruta nueva).

• 21 al 24 Noviembre 1980. Ascensión Pared Norte Punta Zanzi, V, VI, A2 (300 m.).

• 20 y 21 Diciembre 1980. Cara Sur San Francisco, vía Mañke, 9 horas de ascensión, 3 horas de bajada al Cajón del Yeso, total 12 horas.

• 06 al 10 Enero 1981. Pared Sur Cerro Morado, cumbre Sur, pasos de VI grado de dificultad, segunda ascensión por dicha vía (Vásquez) con algunas variantes debidas al «verglass» (condiciones más difíciles) 42 horas de escalada.

• 23 Enero 1981. Cerro Gemelos (5.170 m.) posiblemente primera ascensión absoluta, 45° en hielo, zona del Nevado Juncal.

• 27 Enero 1981. Cerro La Columna (5.610 m.), primera ascensión absoluta, cumbre perteneciente al grupo del Juncal.

• 11 Febrero 1981. Intento Pared Sur, Cerro Arenas, frustrado por el mal tiempo, sólo se alcanzó la parte superior del nevero.

• 21 y 22 Marzo 1981. Espolón Sur-Oeste Cerro Arenas (tercera ascensión) junto a Gino Casassa y Alejandro Izquierdo.

• 04 Noviembre 1981. Intento Pared Sur Cerro Arenas, por nueva vía, frustrado por falta de tiempo. Posteriormente por trágico accidente de Germán Macció.

• 05 Noviembre 1981. Primera ascensión Pared Sur Cerro Negro (4.900 m.), pasos de dificultad UIAA IV°, roca muy mala, zona de los glaciares Olivares.

• 03 Enero al 25 Febrero 1982. Expedición en Territorio Antártico Chileno, Isla Anvers; desde Punta Biscoe ascensiones a los cerros Francais (2.822 m.) el más alto de la Península y Monte Williams (1.500 m.). Ambos en primera ascensión absoluta.

• 23 Diciembre 1982. Pared Sur Cerro Gabriel, con pequeñas variaciones a la vía normal (Colombiana) dos pasos de dificultad UIAA VI°. 17 horas de tiempo total (subida y bajada).

- Enero-Febrero 1984. Expedición Torre Central del Paine, alcanzando punto ubicado a 100 m. de la cumbre por la vía Bonington-Whillams.
- 04 Abril 1987. Pared Sur Cerro Altar, segunda ascensión de la pared, primera absoluta en solitario; terreno mixto de moderada dificultad (D) con salida de un largo de cuerda UIAA VI° sobre roca mala.
- 15 Diciembre 1987/14 Enero 1988. Expedición al Cerro Torre, Patagonia Argentina, por vía Maestri junto a Richard Pawlosky (Polonia). Cinco intentos, los dos primeros en solitario, en el quinto intento se llegó a 200 m. de la cumbre.
- 18 Noviembre 1988. Ascensión Cerro Torre, cumbre junto a Richard Pawlosky, Janez Jeglic y Silvo Karo (eslovenos).
- 08, 09 Diciembre 1990. Cerro Punta Negra(4.090 m.) primera ascensión por canaleta de hielo Sur-Sur, a la derecha de la cumbre, con C. Buracchio. Dificultad UIAA III°, y 45° a 50° en hielo. Graduación general Poco Dificil (PD).
- 28 Enero/28 Febrero 1991. Expedición al Monte San Valentín (3.970 m.) en el hielo Patagónico Norte. Se alcanzó la cota 2.000 m.s.n.m. por barrera de grietas y seracs, junto a C. Buracchio, Alfonso Díaz y Juan Pardo. También integraban la expedición Rodrigo Jordan y Marcelo Grifferos, pero éstos debieron retirarse al inicio de la internación en el Campo de Hielo.
- 18 Septiembre 1991. Ascensión Volcán Llullaillaco (6.753 m.) al interior de Antofagasta, junto a Rodrigo Jordan, Juan Sebastián Montes, Cristián García-Huidobro, Christian Buracchio, Claudio Lucero e Ignacio Canales (este último hasta los 6.500 m.).
- Abril-Junio 1992. Expedición Everest-Kangshung, desempeño hasta los 7.000 m. interrumpidos por fractura de dos costillas. La expedición logró la segunda ascensión por esta ruta.
- Febrero 1993. Cerro Corona, ruta normal (en solitario).
- Julio 1994. Chacaraju Este, Cordillera Blanca, Perú, junto a Misael Alvia ascensión de la vía Jaeger. Anteriormente se había intentado el Chacaraju Oeste pero allí sólo se alcanzó un tercio de la pared debido a las pésimas e inseguras condiciones del hielo.
- 18, 19 Septiembre 1994. Cerro Gloria (sector Alfalfal) pilar sur, primera ascensión absoluta, buena calidad de la roca, dificultad UIAA IV°, con Rodrigo Jordan (2 días).
- Enero 1995. Cerro Arenas, Pared Sur, ascensión en solitario en 7 horas de subida.
- Agosto 1995. Nevado Alpamayo, Cordillera Blanca, Perú, ascensión por la ruta Ferrari, en cuatro horas de subida.
- 08 al 11 Diciembre 1995. Ascensión por ruta clásica al Volcán San José.

Dagoberto Delgado, casado, dos hijos, Ingeniero Civil Hidráulico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, falleció, a los 41 años de edad, practicando su pasión, tal como él quería, en otra de las tantas cumbres famosas en que estuvo, el Mont Blanc, montaña símbolo, pues allí precisamente nació el deporte que tan intensamente amó.

Su extensa carrera montañística incluiría primeras ascensiones a montañas y paredes en Perú, Andes Centrales Chilenos, Campos de Hielo, Patagonia y la Antártica.

Venció el mítico Cerro Torre, la más codiciada de las cumbres de la Patagonia, después de varios meses de intentos. Lo mismo hizo en paredes clásicas de los Andes como la Sur del Cerro Morado, la Punta Zanzi, y el único ascenso en solitario de la Pared Sur del Cerro Altar. En Perú escaló la que alguna vez se consideró la montaña imposible, el Nevado Chacraraju.

El fue fundamental en el difícil ascenso del Everest vía la pared del Kangshung en 1992, primer ascenso latinoamericano de la montaña más alta del mundo y hasta la fecha el segundo ascenso por dicha vía. Una fractura de dos costillas lo marginaría del intento a la cumbre.

Los que lo conocimos lo echaremos de menos y tendremos dificultades a la hora de pensar en un compañero de cordada que resuma las condiciones técnicas y por sobre todo espirituales del gran amigo que era Dagoberto Delgado.

